

María Blanchard, una mujer en la vanguardia

Aitana Monge Zapata

Licenciada en Historia del Arte
E-mail: aitanamonge@gmail.com

Recibido: 8 enero 2013
Aceptado: 23 enero 2013

RESUMEN: El año 2012 celebramos el 80 aniversario de la muerte de María Blanchard, una pintora a la que —a pesar de haber participado en los principales movimientos de vanguardia— ni la crítica ni la Historia del Arte habían reconocido el importante papel que jugó en el panorama artístico de comienzos del siglo XX. Su condición de mujer, junto a la acusada malformación que padeció y marcó toda su vida, fue su mayor impedimento para ser valorada como artista. Por fortuna, con exposiciones como las celebradas en Santander y en Madrid, se está redescubriendo esta figura olvidada durante casi ochenta años.

PALABRAS CLAVE: María Blanchard, vanguardias del siglo XX, retrospectiva, Fundación Botín-MNCARS.

María Blanchard, a woman at the forefront

ABSTRACT: In 2012 we commemorated the 80th anniversary of Maria Blanchard's death, a painter who, despite participating in the avant-garde movements, neither critics nor History of Art recognized the important role she played in the artistic panorama in the early 20th century. Her position as a woman, together with the big malformation she suffered from which marked her whole life was her biggest obstacle to be appreciated as an artist. Fortunately, whit exhibitions such as those celebrated in Santander and Madrid, this forgotten figure for almost eighty years, is being rediscovered.

KEYWORDS: Maria Blanchard, 20th century avant-gardes, retrospective, Botin-MNCARS foundation.

María Eustaquia Adriana Gutiérrez-Cueto Blanchard (Santander 1881-París 1932), más conocida como María Blanchard, ha sido la merecida protagonista de sendas exposiciones comisariadas por María José Salazar, y organizadas por

la Fundación Botín conjuntamente con el Museo Nacional-Centro de Arte Reina Sofía, con motivo del 80 aniversario de su muerte. Durante el pasado verano (desde el 23 de junio hasta el 16 de septiembre) pudo contemplarse la muestra

—centrada exclusivamente en su etapa cubista— en la ciudad de Santander; y desde el pasado 17 de octubre hasta el 25 de febrero del presente año pudimos acercarnos a ella en las salas de exposiciones temporales del MNCARS, donde se optó por una visión antológica de la artista.

Nacida en el seno de una familia burguesa¹, padeció desde su nacimiento una acusada malformación a causa de la cifoscoliosis que desvió drásticamente su columna vertebral. Durante toda su vida reprochó a su madre dicha deformidad, ya que estando embarazada sufrió una aparatosa caída desde un carruaje, aunque parece ser que esa anomalía no se debió a di-

cho accidente. Su fealdad física y sus evidentes y perpetuas limitaciones, condicionaron su forma de relacionarse con el mundo, al tiempo que propiciaron su plena dedicación a su vocación artística con un notable autorrechazo como demuestran las escasas fotografías conservadas de la pintora o algunos de sus testimonios escritos². Posiblemente nunca habría sido

¹ Su padre, Enrique Gutiérrez-Cueto —natural de Cabezón de la Sal y procedente de una acomodada familia de hidalgos montañeses—, casó con Concepción Blanchard Santiesteban —hija de un francés y una polaca—. Tanto su padre, director de un diario liberal de reconocido prestigio, como su abuelo favorecieron la inmersión cultural y el gusto por el arte de las cuatro hijas nacidas del matrimonio, siendo María la más motivada y promocionada por el padre debido a sus dotes desde fechas tempranas. El *pater familias* decidió que toda la familia se trasladase a vivir a Madrid para que la joven María pudiese estudiar pintura. Como artista, fue formada en los postulados académicos del clasicismo con profesores como Emilio Sala o Álvarez de Sotomayor.

² «No tengo talento, lo que hago lo hago sólo con mucho trabajo» o «cambiaría toda mi obra... por un poco de belleza». Otros muchos testimonios han fomentado la proliferación de una crítica artística centrada en sus lamentables características físicas y no en su valía como pintora: «María Gutiérrez Blanchard era todavía una niña (...) se había convertido en un monstruo deforme y enfermizo con jorbas en la espalda y en el pecho (...). Profundamente marcada por su deficiencia, toda su vida lucharía contra las burlas, los sarcasmos y las veleidades de la azarosa vida bohemia...», o «Un pobre cuerpo torcido, encogido, torturado. Un rostro limpio y bello que, en la especie de nido donde se encontraba, entre la franja de sus cabellos oscuros y los hombros levantados, cuando se animaba se volvía transparente como el de una niña (...). Un alma radiante, desbordante, también torturada; generosa hasta el heroísmo y dolorosamente ávida, bañada de inocencia y de simplicidad al mismo tiempo que agobiada de inquietudes, de preguntas y de escrúpulos». Vid. O. DEBROISE, *Diego de Montparnase*, Fondo de Cultura Económica, México 1986, e I. RIVIÈRE, *María Blanchard*, N.R.F., París 1969, respectivamente.

María Blanchard, una mujer en la vanguardia

una destacada artista plástica sin su deformación física. Desde su enfermedad construyó un mundo ajeno a su sufrimiento espiritual; en este microcosmos artístico pudo sentir la belleza, conocer la felicidad y crear una obra de calidad con su característico e inconfundible sello personal, aunque eso no evitó que la enfermedad siguiese siendo una pesada lacra durante toda su vida.

A pesar de ser considerada en la actualidad como una figura imprescindible para comprender e interpretar las vanguardias de principios del XX, María Blanchard tuvo que demostrar siempre su talento para conseguir una justa valoración que la Historia del Arte le debe. Gracias al respeto de sus compañeros³, y a los notables esfuerzos de sus más reconocidos estudiosos, se empieza a ponderar su repercusión e importancia dentro del mundo pictórico español del siglo pasado.

En su primera etapa madrileña, su estilo pictórico de tipo naturalista preimpresionista estuvo muy ceñido a las enseñanzas de Sotomayor. En 1909, ya en París y becada por

la Diputación de Santander, recibió las primeras nociones impresionistas en la Academia Vitti de manos del español Anglada Camarasa, con sus característicos rasgos modernistas y una sensualidad voluptuosa rebosante de color. En esta primera estancia en París, asistió al nacimiento oficial del cubismo, que adquirió denominación propia a través de dos iconos pictóricos: *Las señoritas de Aviñón*, de Picasso, y *Las maisons a L'Estaque*, de Braque. Aun cuando el cubismo en su vertiente más geométrica (cubismo analítico), decayó después de estallar la I Guerra Mundial, su germen había fructificado ya en la personalidad de Blanchard, amiga y cómplice en su vocación artística de Juan Gris, máximo representante del llamado cubismo sintético. A pesar de que el cubismo lo inundó (y lo cambió) todo, dentro de la trayectoria artística de María Blanchard sólo supuso un pequeño lapso de tiempo (de 1913 a 1920); durante estos años, su producción se caracterizó por la renuncia voluntaria al artificio, optando por la sencillez pictórica y no por la complejidad.

En 1913, María regresó a Madrid, compartiendo estudio en la calle Goya con el pintor mejicano Diego Rivera, de quien, a pesar de no ser correspondida, se enamoró. En estos años abandona parcialmente el

³ Sus más conocidos compañeros artistas fueron Diego Rivera, Juan Gris o Jacques Lipchitz. Ellos también militaron en la vanguardia con la misma coherencia que María Blanchard.

El cubismo produciéndose la incorporación realista en la obra de Blanchard. Su «realismo a la española» se alimentó de una escenografía costumbrista y popular que se incorporó a la influencia cubista, conformando los ejes estratégicos básicos de su complejo universo pictórico, a los que se sumaron su facilidad para asimilar conocimientos nuevos, su prodigiosa memoria visual (pintaba sin necesidad de modelos), su formación exhaustiva y certera, y su capacidad para recrearse a sí misma.

Tras una desdichada estancia en un instituto de Salamanca capital como catedrática de dibujo –donde continuamente se mofaban de su aspecto–, en 1917 regresó a París definitivamente. Su vida en la capital francesa hasta su muerte fue muy dura; sus escasos recursos económicos la obligaron a ocupar sucesivos estudios de pintores, vacíos desde la Gran Guerra.

En la pintura de María Blanchard predomina un consustancial desaliento. Sus personajes de los años veinte tienen los ojos tristes y la actitud taciturna, características paliadas por el colorido de sus cuadros, que es la nota humanizadora que aportó la artista santanderina al cubismo y a su propia concepción del espacio cubista.

La muerte de su mentor, amigo y colega, Juan Gris en 1927, sumió a

María en una profunda depresión. Sus últimos cinco años de producción artística la inclinaron, en un último esfuerzo por acercarse de nuevo a la trascendencia, hacia la recuperación de la figuración. Sus lienzos de esta prolífica fase postera, presentan perspectivas muy cerradas, sin salida, encajonadas..., encarnando sus vivencias y su propia experiencia vital, afectada indudablemente también por las tremendas consecuencias de la guerra. En sus últimos años, María Blanchard encontró consuelo y alivio en la religión y en la atención a los más pobres, viviendo ella misma (mantenedora de varios miembros de su familia) en condiciones míseras. Razón por la que unos cuantos pobres atendidos por ella la acompañaron sentidamente en su entierro, mientras los representantes del mundo del arte apenas hicieron acto de presencia.

Por último, y para no exceder los límites lógicos de esta crónica, señalar que en la exposición del MNCARS se han dado cita más de setenta obras que, de forma más o menos cronológica, se expusieron –a mi juicio de manera inadecuada y tortuosa para el visitante– por varias salas del museo madrileño. Merecen ser destacadas de su etapa de formación obras como *Gitana* (ca. 1907-1908) y *Aldeana bretona* (1910). Una de las piezas más controvertidas y valoradas de la artis-

María Blanchard, una mujer en la vanguardia

ta presente en la muestra y concebida durante su estancia madrileña desde el realismo hispánico, y retomada después de su paso por el cubismo es *La comulgante* (1914-1920), que fue presentada al Salón de los Independientes de 1920 y la consolidó como pintora. De su período cubista pueden ser mencionadas *Mujer con abanico* (ca. 1913-1915), *Mujer con mandolina* (1916-1917), *Naturaleza muerta con copa de frutas* (ca. 1918), *Naturaleza muerta a la guitarra* (1918) o *Pianista* (1919), sólo unas pocas obras dentro de

una amplísima nómina. Cerraba la muestra su etapa de retorno a la figuración, donde *El borracho* (1920), *Maternidad oval* (1921-1922), *El carrito del helado* (1924), *La echadora de cartas* (1924-1926), *La convaleciente* (1925-1926) o *La niña dormida* (1928-1930) no dejaban de sorprendernos por su peculiar forma de representar un microcosmos concebido por María Blanchard desde la angustia, la prodigalidad o las reiteradas ganas de encontrar su sitio en un mundo que pareció no comprenderla. ■